

22ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MATEO 16,21-27.

En aquel tiempo, empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los senadores, sumos sacerdotes y letrados y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo:

-¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte.

Jesús se volvió y dijo a Pedro:

-Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios.

Entonces dijo a los discípulos:

-El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará.

¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si malogra su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del Hombre vendrá entre sus ángeles, con la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno según su conducta.

EL CAMINO DEL DISCÍPULO

El pasaje evangélico de hoy está unido al del domingo pasado. Después de que Pedro, en nombre también de los otros discípulos, hubiese profesado su fe en Jesús como Mesías e Hijo de Dios, **«Jesús empieza a hablarles de su Pasión»**.

A lo largo del camino hacia Jerusalén explica abiertamente a sus amigos lo que le espera al final en la ciudad santa. **«Les anuncia su misterio de muerte y de resurrección, de humillación y de gloria»**. Dice que deberá **«sufrir mucho por causa de los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que lo matarían y al tercer día resucitaría»**. Pero sus palabras no son comprendidas porque los discípulos tenían una fe todavía inmadura, demasiado unida a la mentalidad de este mundo. Ellos piensan en una victoria demasiado terrena y por eso **«no entienden el lenguaje de la cruz»**.

Frente a la perspectiva de que Jesús pudiera fracasar y morir en la cruz, Pedro se rebela y le dice: **«Dios no lo quiera, Señor. No te ocurrirá eso»**. Pedro cree en Jesús, tiene fe, le quiere seguir, pero no acepta que su gloria pase a través de la pasión. Para Pedro y los otros discípulos, **«¡pero también para nosotros!»**, la cruz es algo incómodo, la cruz es un “escándalo”, mientras que **«Jesús considera “escándalo” el huir de la cruz»**, que es como **«eludir la voluntad del Padre»**, a la misión que le ha encomendado para nuestra salvación.

Por esto Jesús responde a Pedro: **«¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son como los de Dios, sino como los de los hombres»**. Diez minutos antes, Jesús le había alabado a Pedro, le había prometido ser la base de su Iglesia, el fundamento. Diez minutos después le llama “Satanás”.

¿Cómo se entiende esto? **«¡Nos sucede a todos!»** En los momentos de devoción, de fervor, de buena voluntad, de cercanía al prójimo, miramos a Jesús y vamos adelante, pero en los momentos en los que viene la cruz, huimos. Como dice Jesús a Pedro, **«el diablo nos tienta»**. Es propio del diablo alejarnos de la cruz, de la cruz de Jesús.

Dirigiéndose después a todos, Jesús añade: **«Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz, y me siga»**. De este modo Jesús nos indica **«el camino del verdadero discípulo»**, mostrando dos actitudes.

La primera es **«renunciar a sí mismo»**, que no significa un cambio superficial, sino una conversión, un **«cambio de mentalidad y de valores»**. La otra actitud es la de **«tomar la cruz»**. No se trata solo de soportar con paciencia las tribulaciones cotidianas, sino de **«llevar con fe y responsabilidad el cansancio y el sufrimiento que la lucha contra el mal conlleva»**. La vida de los cristianos es siempre una lucha. La Biblia dice que la vida del creyente es una milicia, es luchar contra el espíritu malo, **«luchar contra el Mal»**.



Así el compromiso de tomar la cruz se convierte en **«participación con Cristo en la salvación del mundo»**. Pensando en esto, hagamos que la cruz colgada en la pared de casa, o esa pequeña que llevamos al cuello, sea **«signo de nuestro deseo de unirnos a Cristo en el servir con amor a los hermanos»**, especialmente a los más pequeños y frágiles. La cruz es signo del **«Amor de Dios»** y no debe ser reducida a objeto ornamental.

Cada vez que **«fijemos la mirada en la imagen de Cristo crucificado»**, pensemos que Él **«cumplió con su misión»**, dando la vida, derramando su sangre para la remisión de los pecados. Y ello para que nos animemos a **«no dejarnos arrastrar por la tentación del Maligno»**.

Por tanto, si queremos ser sus discípulos, estamos llamados a imitarlo, **«gastando sin reservas nuestra vida por el amor de Dios y del prójimo»**. Y ello **«para que nuestro corazón se transforme»**, de forma que, cómo diría San Pablo, **«no sea yo quien viva sino que sea Cristo quien viva en mí»**.

La Virgen María, unida a su Hijo hasta el calvario, nos ayude a **«no retroceder frente a las pruebas y a los sufrimientos que el testimonio del Evangelio conlleva para todos nosotros»**. ¡Que así sea!